

## LA HORMIGA

JACINTO DÁVILA, JUAN MENDIALDÚA Y ANA MAGALY REYES

### 1. AL COMIENZO

¡Que tipo tan fastidioso!. No sé que es peor: terminar el año sin haber entendido un montón de cosas o comenzar otro y tener que acostumbrarse los nuevos profesores. A este se le ocurrió mandarnos a leer este cuento para carajitos: **¡la hormiguita!** y tenemos que “**ponernos críticos**” con un resumen. ¡Otra vez la habladera de paja!. ¡Cómo me arrecha!.

Por suerte, no todo es tan malo este año. Me tocó la misma sección de la Catira y del primo Eduardo. Otra vez tendré compañía para venir a clase y volver a casa. Quizás podamos escaparnos a jugar fútbol.

Así que, ni modo, salgamos de esta tareita. Veamos como se lee el cuento de la hormiga esa:

En cierta ocasión, una hormiguita barría con todo esmero la puerta de su casa.

¡¿Qué?!. ¡Pero si las hormigas no barren!. Ya empezaron a cotorrear a los chamos.

.. que era un agujerito, practicado en las inmediaciones de un camino que conducía a la ciudad populosa.

Es decir, el hormiguero de una sola hormiga, queda junto a la carretera. ¿Por qué **hablarán** así?. ¿Creen que los chamos son gafos?.

Barriendo, barriendo, se encontró una moneda pequeña que, sin duda, era un céntimo.

¡Un céntimo!. Eso es un bolívar dividido por cien. Osea, no se consiguió nada. Porque ya el bolívar no vale mucho. Si además lo divido en cien pedazos, no quedará nada. ¿De qué se va a alegrar la hormiga?. Quizás valía mucho en ese tiempo. **¡sabrá Dios !.**

Claramente, conoció la hormiga por el olfato que aquel centimito había pertenecido a otro individuo de su misma especie, raza y condición, aunque de distinta tribu.

Creo que fue la profesora de Biología, el año pasado, en aquel paseo en el que me le declaré a la Catira, la que nos **explicó** algo de esto mientras mirábamos las hormigas en un árbol. Las hormigas se mueven como en fila, hacia arriba o hacia abajo, siempre una después de la otra. Pero no se agarran. Es como cuando Eduardo y yo vamos de regreso a casa. El camina muy rápido y yo no lo veo, pero siempre sé donde va. Las hormigas saben por donde va la ruta de las otras. La profesora nos explicaba que, mientras caminan, van rociando el camino con su olor. Como Eduardo que escupe en el piso. Me pregunto si yo podría **reconocer** la saliva de mi primo, entre la saliva de otra gente en la calle.

Lo que si no me queda claro es eso de la tribu. Que yo sepa, las hormigas no tienen tribus. Las tribus son de los indios o de los **indígenas**, como le dicen a los indios acá en Venezuela.

Pero, ¿adónde podría nuestra hormiguita buscar a la dueña del céntimo encontrado?.

Pero, ¿por qué tendría que devolverlo?. Lo encontró tirado en su casa.

Sin escrúpulo de conciencia, la hormiguita creyó que podría guardarse la moneda, y así lo hizo.

Claro. Yo haría lo mismo. Lo que uno se **encuentra** es de uno. Además, yo sigo creyendo que un céntimo es nada. Nadie se molestaría.

Y comenzaron las cavilaciones. - ¿En qué emplearé este capital para que me produzca grandes utilidades? - se decía.

Ya se puso **ambiciosa** la hormiga. Parece que eso nos pasa a todos cuando nos cae algo de dinero. Es como si no pudieramos pensar de otra manera. Se supone que el **capital** hay que invertirlo para que crezca, de la misma manera que una semilla se tiene que sembrar para que crezca un árbol. Eso suena bien, pero según me han contado, el capital no es como un árbol. Más bien, es como una enredadera **parásita**. El capital se chupa a otros capitales y procura que los demás se mueran. Es como un parásito al que no le importa **dar** nada a cambio.

## 2. DE POBRES A RICOS

Cuando somos pobres creemos que todo depende del trabajo manual; pero cuando somos ricos, vemos que también la riqueza es importante y que necesita una buena dirección

No entiendo. Yo soy **pobre** y puedo ver que la riqueza es importante. Si fuese rico, mi mamá no tendría que trabajar en esa oficina llena de gente sospechosa, Eduardo y yo tendríamos todo el equipo de futbol, incluyendo guayos nuevos y yo podría invitar a salir a la Catira. También, si fuese rico, usaría mi dinero para

mejorar las canchas de la escuela y conseguirle transporte escolar a todos lo que, como yo, tenemos que **sufrir** para llegar a clase temprano.

¡Vaya!, ¡si me ganara la **lotería** este fin de semana!. ¡Son 1200 millones de bolívares!. Eso es mucho dinero. Podría usar unos 200 millones para hacer todo lo que dije antes y el resto lo guardaría para que ganara **intereses**. Así tendría dinero para **siempre** y podría hacer todo lo que yo quisiera.

Después de largas meditaciones, la hormiguita se dijo: - Pondré un taller para enriquecerme pronto?. No, porque me incomodará el ruido. - Pondré una casa de préstamos para cobrar como los hombres el 60 por 100 de interés?. No, que mi raza no es de prestamistas, ni usureros. - Pondré un puestecito de granos y hortalizas?. No, porque vendrán las cigarras y los zánganos y me comprarán fiado, con propósito de no pagarme nunca.

¡Ah, hormiga **tonta**!. ¿Por qué tienes que montar un negocio, sobretodo uno del que no sabes nada?. Siempre **dependerás** de los que sí saben. ¿Por qué no lo inviertes en tu **educación**?. Con todo lo que sufre Mamá para pagarme el colegio, cualquier cosa que yo consiga lo ahorraré para los estudios. Cuando me gradúe, podré ganarme la **vida** con lo que he aprendido. Eso dice Mamá. Por eso ella no ha invertido en la bodega que queria montar. Salía muy caro y dijo que prefería guardar para mis estudios. Que esa era su mejor **inversión**. Yo he prometido que no se arrepentirá.

### 3. LA RESOLUCIÓN

En estas cavilaciones  
Pasó el verano entero  
Sin saber qué ocupaciones  
Emprender con su dinero.

Esto es un **verso**. Me gusta como suena. Siempre me han gustado los poemas, pero no le digo a nadie porque he visto que los otros chamos creen que los que leen poemas son raros. Pero a la Catira le encantan.

Al fin tomó una resolución importante:

A ver que va a hacer la dichosa hormiga.

### 4. EL MATRIMONIO

Decidió gastar el céntimo en *pomada* olorosa, peinarse con mucho cuidado y buscar novio para casarse.

**Típico** de las mujeres, sobretodo las mayores. !Que afán por casarse!, como si no tuvieran otra cosa que hacer.

Se puso en las antenas unas hermosas peinetas de plomo y en la cabeza un sombrero con grandes plumas; dióse polvos de arroz en la cara, se puso una manteleta entre clara y entre yema, una faldita de percal planchada. Se miró al espejo y se encontró muy hermosa para sus sesenta abriles.

¡Sesenta abriles!. Eso son sesenta años, suponiendo que su cumpleaños es en Abril. Resulta que la hormiga no es nada **joven**. Ahora entiendo su afán por casarse. La pobre vivía **so**la a su edad. Eso no es bueno.

Me pregunto que serán la manteleta y el percal. Cosas de mujeres, que de todas maneras no entiendo. Imagino a los chamos **aburridos** leyendo el cuento.

Nuestra hormiga, peinada y perfumada, se situó en la puerta de su agujero, es decir, de su vivienda, y esperó para ver si de los transeuntes merecía alguno su elección. ¿Con quién me casaré? - Se preguntaba. - ¿Será con un banquero? ¿Será con un duque? ¿Acaso con un marqués? ¿Quizá con un conde? ¿Será un general? ¿Será un trompeta?.

¡Je!. El trompetista se les coleó. Clarito está que la hormiga está vieja. ¿Quien se casaría con un general si nó?.

¿Será que las mujeres siempre quieren **casarse** con alguien importante?. En eso somos muy diferentes. Los hombres siempre queremos a la más **bonita** y a la que se vea más buena. Si además es **inteligente**, mejor. Pero casi nunca vamos por el billete. Se supone que ese lo ponemos nosotros.

Mi mamá dice que las mujeres que se ponen con esa **escogedera** siempre terminan con el primer tonto que se les atravieza.

Yo creo que pasará mucho tiempo antes de que me case. Prefiero que seamos novios mientras nos graduamos. Entonces ganaremos bastante para no estar peleando por la plata y por quien hace qué, como todos los “martirmonios” que conozco. Y si no sale bien, nos **divorciamos**. Siempre es mejor que la **gritadera** de todos los días.

Mientras esto pensaba, todo se la volvía dar vueltas al centimito en su faltriquera, como si temiese que la robasen.

¡¿Entonces?!. ¡No ha gastado el céntimo!. Tal como lo pensé. El céntimo es sólo un **amuleto** de buena suerte. Cómo cuando mi mamá se encuentra un medicito (un cuarto de bolívar, que ya no se usa) revisando las cosas viejas. Siempre me dice que es de buena suerte. La hormiga pensó que el céntimo le daría buena suerte y se gastó sus ahorros, o mejor dicho, los invirtió en su **belleza**.

Lo malo de la **suerte** es que no le llega a todo el mundo. Ni siquiera le toca a todo el mundo alguna vez. Mi bisabuela se pasó toda su vida jugando lotería y nunca ganó nada.

Yo supongo que Dios deja la suerte para aquellas cosas que no son realmente importantes. **¡sabrás Dios!**.

La verdad es - decía - que con un céntimo y ropa limpia se puede recorrer el mundo y sobrar dinero para la vuelta.

Si como nó. Mi padrino me contó que para viajar a Europa, los **tickets** cuestan muchísimo dinero. Y que si uno no prueba que tiene como pagar todo lo que gastará, no lo dejan entrar en ciertos países. Lo de la ropa limpia si es cierto, porque si uno no va bien vestido, lo tratan mal y lo devuelven más rápido.

Pasó a poco una manada de cabras, entre las cuales destacaba un cabrito de gallarda presencia.

- Cabrito! - le preguntó la hormiga:

- ¿Querrías casarte conmigo?.

- Sí - le contestó el cabrito.

¿Qué?!. ¿Una hormiga y un cabrito?. Pero si son muy **diferentes**. Eso no se puede. Me imagino a los chamos tratando de imaginar esto. ¿En que estaría pensando el que escribió el cuento?.

Y ¿De qué manera me hablarás de noche?

- Bé! -

!Ay! No!, que me asustarás.

Así que lo que le preocupa es cómo le hablará de noche. Yo creo que le debería preocupar otra cosa que normalmente se hace de noche. ¿Cómo van a tener **sexo** una hormiga y cabrito?. No me extraña que se asuste. Pero no por la voz.

Seguro que el profesor fastidioso va a salir diciendo que todo esto es una "**metáfora**".

Fue la profesora bonita, la de Castellano del año pasado, quién nos explicó que una metáfora es una especie de comparación. Por aquí tengo todavía la copia del papel que nos trajo sobre un **robot** que escribe metáforas.

El lenguaje es propiedad del hombre; pero no sabemos como lo obtuvimos. No sabemos cómo se originó ni de dónde vino. Con el podemos y hacemos muchas cosas, podemos hablar sobre todas las cosas del mundo, incluyendo al lenguaje mismo. Los antiguos, gente que vivió hace mucho tiempo, quizás por estar más cerca del momento en el que el hombre obtuvo el lenguaje, sabían muchas cosas y se hacían las mismas preguntas que todavía hoy nos hacemos nosotros. Ellos decían que el lenguaje es el mundo, que no existe nada aparte de lo que no pueda ser dicho, nombrado. Y para que el lenguaje pueda darle nombre a todas las cosas del mundo, tiene que ser igual al mundo. Si sabemos como es el lenguaje sabremos como es el mundo. Pero el lenguaje está en nuestra boca y nuestra

mente y el mundo es tan grande y está fuera de nosotros. ¿Cómo es posible que esto sea cierto? Como cada cosa del mundo tiene su palabra, hay un vínculo entre ambas. Algo debe tenerlas atadas, hay un amarre entre ellas; pero quizás no sea como una cuerda sino como una luz, porque en verdad el lenguaje sólo toca las cosas, y las ilumina para poderlas ver. El vínculo es más bien como un rayo. Las palabras son como rayos que llegan y tocan las cosas que nombran. A toda cosa nombrada le llega un rayo, y también le llegan rayos a todo lo desconocido, porque desconocido ya es un nombre.

Todo lo conocido y lo desconocido está en el lenguaje y él a todo le envía rayos. Algunos de esos rayos son parecidos. Por ejemplo veo un pájaro junto a una flor, y reconozco sus nombres. Cuando el rayo de cada uno de sus nombres los tocan, nos devuelve un resplandor. Eso es lo que llamamos belleza. Sus rayos se parecen, porque están juntos cuando los nombro o porque uno atrae al otro y estando juntos sus colores y su brillo ponen un acento en el mundo, iluminan el mundo y lo vemos con mayor claridad. Entonces sus rayos parecieran juntarse en uno. Allí es cuando uno puede nombrar a uno con el rayo del otro, sin que ni siquiera esté presente. Por ejemplo puedo decir que los pájaros son como las flores del prado animal o que hay flores que pareciera que en cualquier momento van a volar y a cambiar de los árboles que las tienen. Al decir cosas así mantengo los rayos juntos y queda atrapado el resplandor. Como cuando alguien vio un pájaro chupando flores y lo llamó, picaflor o chupita. Y cuando decimos esta palabra recordamos el colibrí chupando flores. Como sus rayos están juntos vienen los dos, el pájaro y la flor, y así siempre que pienso o digo chupaflor. Y esta magia del lenguaje, de tener los rayos atrapados juntos y resplandeciendo, tiene su propio nombre también. El rayo que toca los dos rayos se llama metáfora. Este tipo de rayos los usamos casi todo el tiempo, porque son muy largos y poderosos. Pueden atravesar el mundo y colocan su punta en la materia de cosas, o de otros rayos, muy distantes y diferentes.

Todos usamos este tipo de rayos que llamamos metáforas. Pero los más usados los tomamos ya hechos. Quienes descubren y hacen para los demás estos rayos son los poetas. Por ejemplo uno de ellos hace mucho tiempo debe haber visto hacia el cielo de noche y observar como una estrella caía al mar. Se le ocurrió que era tan instantáneo ese momento que era como la fugacidad de los deseos. Desde ese momento las estrellas fugaces y los deseos quedaron cruzados. Y dos cosas tan efímeras se volvieron, por el efecto de sus rayos cruzados, eternas, porque todo el mundo los siguió usando así, cruzados y juntos para siempre. Las metáforas inolvidables son sólo eso: rayos cruzados por un hombre para siempre. Porque los rayos permanecen mientras las cosas del mundo pasan. Esa es la única manera que tiene el hombre para hacer cosas permanentes. Y esto es asombroso porque hacer cosas permanentes es tarea de dioses.

Ahora puedes entender lo curioso que es este robot. Porque es una máquina que fabrica rayos cruzados que nunca se repiten. Una máquina que envía rayos a lugares que nunca habían sido alumbrados. Que nos enseña cosas que nadie había antes pensado. La cosa que nos enseña más sorprendente sin duda es ella misma, porque nos deja pensando que algún día máquinas como ella nos ayudaran a descubrir de donde vinieron, como los obtuvimos y por que son así esos rayos que lanzamos hacia las cosas del mundo y que cruzándolos, construyendo metáforas, como superrayos permanentes, nos hacen creer por un momento, tan fugaz como el deseo, que podemos hacer tareas de dioses. Quizás esas máquinas nos digan algún día que el lenguaje fue el regalo que un dios benévolo le hizo a un poeta valiente, que osó mirarlo de frente.

Juan Astorga

Así que la metáfora es cuando las palabras que **alumbran** una cosa, se usan para alumbrar otra cosa. Es como si el autor del cuento quisiera decir que la hormiga conoció a una pareja que era distinta a ella y que tenía cierto **defecto**, pero en lugar de decirlo directamente dice que era un cabrito y que asustaba a la hormiga con sus sonidos. Los chamos van a quedar todos **confundidos**, sobre todo con lo del sexo.

Me pregunto si esto servirá para el “análisis crítico”.

Y pasó un rebaño de ovejas y carneros, y preguntó a uno de estos, de rizada y hermosa lana blanca. ¿Te quieres casar conmigo, carnerito?.

- Sí -

Y, ¿Cómo me hablarás de noche?.

- ¡Meé! -

¡Ay! No, que me asustarás.

¡Vaya!, a la hormiga le gustó el Catire. Mi padrino dice que eso de seleccionar por el color es **racismo** y que es **injusto** porque la gente no escoge su color. Yo no tengo **preferencias**. He tenido novias de todos los colores. A mí de la Catira me encanta su pelo dorado, pero también su ombligo, que sería igual aunque fuese oscuro.

Y pasó una bandada de saltamontes, y al que iba delante de todos le preguntó. ¡Cigarroncito!, ¿Te quieres casar conmigo?.

- Sí -

Y, ¿Cómo me hablarás de noche?.

- Ruch! - produjo el saltamontes ocon sus alas.

¡Ay! No, que me asustarás.

¿Así hacen los saltamontes?. Pensé que era como un chirrido. Recuerdo mi pelea con Eduardo que le gustaba cazarlos para arrancarles las patas. Es doblemente malo. No sólo quedan inmóviles sino mudos también.

Y un grillo, que ansiosamente buscaba donde ocultarse. -  
 Grillito! - le dijo la hormiga: ¿Te quieres casar conmigo?.  
 - Sí -  
 Y, ¿De qué manera me hablarás de noche?.  
 - Ri!, ri!, ri! -  
 ¡Ay! No, que me asustarás.

Pensé que grillo y saltamontes eran lo mismo. Ahora entiendo. Los saltamontes son grandes, verdes y brillantes. Con esos no se mete Eduardo porque pueden arrancarle un pedazo. No creo que tengan dientes, pero tienen una boca que corta. Eduardo se mete con los tristes grillitos del jardín. Parece que la hormiga ya se está poniendo menos **exigente**. Como dijo mi Mamá.

Entonces vió un ratón, de puntiagudo hocico, de chispeantes ojos negros, de movedizas orejas, de cuerpo muy pequeño, de patitas muy ligeras y de rabo larguísimo; el ratón se paseaba, o más bien corría por la carretera próxima. - Ratoncito!, escucha tres palabras - ¿Quieres casarte conmigo?.  
 - Sí -  
 Y, ¿qué me dirás de noche?.  
 - ¡I!, i!, i! -  
 Pues que me convienes:

La hormiga tiene un rollo con eso del sexo. Con todo y metáfora, está claro que elige el que la tratará mejor de noche.

Buscaremos nuestra casa, llevaremos a ella nuestros bienes, celebraremos nuestro contrato matrimonial y festejaremos nuestra boda, en compañía de nuestros parientes, amigos y conocidos.

Las mujeres son así. Tienen que disponer de todo. Hasta un **contrato** hay que firmar. ¿Por qué le llamarán así al matrimonio?. Es como si fuese igual que comprar un carro. Si sale malo, ¿lo devuelven por **garantía**?. Eso no es verdad. Con todo y el contrato, mi Mamá no tuvo suerte la primera vez. Mejor dicho, **yo** no tuve suerte esa vez.

La hormiga y el ratón se prometieron fidelidad y cariño; se casaron y establecieron en una casita que estaba situada debajo de un corpulento árbol.

Así me gustaría a mi vivir, junto a un **enorme árbol**. En esto no le fue mal a la hormiga.

Dos días habían transcurrido cuando a la hormiguita se le ocurrió ir al pueblo para enterarse del precio del trigo, porque ella tenía de ese cereal un gran montón, formado grano a grano.

Desde el principio me pareció que esta hormiga tenía aire de **busca plata**. Entusiasmarse por una moneda, pensar en inversiones y ahora esto. Al menos este dinero se lo va a ganar a fuerza de **paciencia**.

-Escucha - dijo la hormiguita a su esposo; - yo me voy al pueblo y dejo puesta la olla con la verdura en el fogón: si hierve la meneas, pero no con la cuchara chica, sino con la cuchara grande.

Esta horguita puede que quiera mucho a su ratón, pero lo cree bien **estúpido**.

Al cabo de algunas horas volvió a su hogar la hormiguita y se extrañó mucho de no hallar en la puerta a su marido, ¡y eso que le traía como regalo una cortecita de queso.

Parece como si la hormiga es la que **manda** en la casa.

Pero más se sorprendió encontrar tapiada por dentro la entrada.

Sospecho que algo **malo** va a pasar. Como que ya comenzaron los **problemas** para la hormiga. En todo cuento hay un problema.

Sin duda- pensó la hormiga- mi ratoncito habrá tenido necesidad de ir a la cocina para menear la verdura y ha cerrado por dentro la puerta de la casa para evitar sorpresas.

Y llamó, y volvió a llamar con más fuerzas; pero nada oía, ni nadie acudía.

Entonces la hormiga pidió permiso a una comadre suya, que vivía en la casa inmediata, para pasar por el tejado hasta su casa; el corazón le anunciaba una terrible desgracia. Y exclamaba:

Parece **curioso** (debe ser porque estoy buscando que le saco al cuento), que la gente grande siempre llama a un **compadre** cuando está en problemas.

¿Dónde estás, mi ratoncito,  
 Dónde estás que no te veo?  
 ¿Por qué no templas mi angustia  
 y no calmas mi deseo?

**Templas** mi angustia. ¿Otra metáfora?.

## 5. LA TRAGEDIA

Con miles de trabajos la hormiguita, subiendo, trepando, cayendo y tropezando, pudo por fin llegar hasta el corral de su casa. -Ratoncito, ratón mío- iba diciendo y no obtenía respuesta.

Llegó a la cocina; Oh terrible desgracia! El rabo del ratoncito se asomaba por la boca de la olla.

¡Pobre hormiga!. El ratón resultó ser tan tonto como ella creía. Meneó con la cuchara equivocada y se cayó en la olla.

-Todo lo comprendo ahora- exclamó la hormiguita:- meneó con la cuchara chica y se cayó dentro.

Lo sabía. No podía ser otra cosa. Siempre echándonos la **culpa** a los hombres por no saber hacer las cosas en la cocina.

Y las lágrimas inundaron sus antenas.

Mucho tiempo después, todavía la vecindad de la hormiga oyó a ésta exclamar entre llantos y lloros:

Mi ratoncito  
 Se cayó en la olla;  
 Y su hormiguita  
 Lo siente y lo llora.

Si, un **poema** es un buen **recordatorio**. Cuando murió mi abuelo, antes de que yo naciera, mi madre y mis tías hicieron un gran **monumento** y colocaron unas palabras escritas en un pergamino en el medio, con algo que parece un poema. Todavía lo guarda Mamá.

Los chamos se van a asustar con esta muerte. Además, todo termina muy **triste**. Todas las películas en televisión **terminan** bien. Me pregunto si un cuento con una muerte puede terminar **bien**.

Ahora que lo pienso, la muerte de mi bisabuela no fue tan triste. Quiero decir, mi Mamá y mi Abuela eran un mar de lágrimas y todas la gran familia estaba de luto. Pero vino tanta gente al pueblo que sentí que algo muy importante estaba pasando en su **entierro**. La bisabuela era pobre como nosotros, pero ¡era tan **conocida**!. El pueblo entero la **despidió**. Todo se detuvo en silencio cuando la urna fue llevada,

en los hombros de muchos hombres, desde la iglesia hasta el **cementerio**, mientras sonaban las campanas con un **tono** triste. Había flores y miradas de cariño para nosotros. Hasta hubo telegramas de otros países dándonos el **pésame**. Yo estaba muy triste. No me gusta ver llorar a Mamá. Pero, a pesar de eso, llegué a pensar que no era tan malo morir y tener un entierro como ese.

Por fin llegué al **final** del cuento.

Este cuento enseña a los niños a no ser curiosos y a no faltar a lo que se les manda por medio de sus padres y maestros. FIN.

¿Qué?. ¡Esta **moraleja** es un chiste!. ¿Qué tiene que ver la **curiosidad** de los niños con todo lo que le pasó a la hormiga y a su ratón?. Yo no creo que el ratón se haya asomado a la olla por curiosidad. Además, cuando uno es curioso, no se descuida. Si hubiera sido curioso, hubiese usado la cuchara correcta.

Parece como si el autor no supiera como terminar el cuento y nos encasquetó esa moraleja de otro cuento.

Lo malo es que el cuento se acabó y yo no tengo el “**análisis crítico**” que pidió aquel fastidioso. **Mi cuento no se acaba aquí**. Pero ya estamos llegando a la parada. Me tengo que bajar pronto. Será mejor que aproveche este último rato para darle una mirada a la Catira. Haré la tarea esta noche, después de la cena.

TALLER DE EDUCACIÓN, CENTRO DE SISTEMOLOGÍA INTERPRETATIVA, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES. OCTUBRE 2002